TRUCHAS Y BRAGAS ENJUTAS

Aquellos pueblos de Córdoba—tan arriba—siempre quedaban a desmano, pero había que hacerlos. Con frío y lluvia empezaba la peregrinación que acabó con hielo y temporales. Sí, son cosas que a veces pasan y que no se pueden remediar. Trabajar así engarabita los dedos, deja ateridos los pies y no gusta descansar, porque las sábanas están húmedas siempre. Pero había que terminar el trabajo y el invierno de 1955 se presentaba con cara de perro. Ya se sabe, secar o aguachinarse. Córdoba nos despedía tristona porque las truchas—y ya es dolor—hay que pescarlas con calzas mojadas y arrecogidas. El autobús era un destartalo que caminara: las cuadernas del sollao se entreabrían y el viruji trepaba por las perneras abiertas; los cristales no ajustaban y un tracatá obsesivo golpeaba inmisericorde los oídos; como estaba prohibido fumar, las tagarninas—¿de qué?—arañaban en la garganta que tan poca afición tenía a quemar sahumerios. Pero poco a poco la ciudad—lejana y sola—se nos había perdido y cruzábamos campiña y soledades, entrábamos en la sierra, donde aún se oye la brama de los corzos. Por allí pasaron comedias y tragedias: que si novios de Hornachuelos, que si Fuenteovejuna, que si soledades de don Alvaro. Uno, que no cree en vaticinios, debía confiar algo más en la historia, pero todo esto se piensa después de saber las cosas y entonces no vale hacer cubileteos con los dados esos del tiempo pasado. Pues, no me diga, vaya lata. Eso, mucha lata, pero irremediable e irreparable, según se lee en los relojes de las catedrales. ¿Y ellos lo saben? Claro, hombre, lo aprendieron de los canónigos, que son gente sutil y fina. Allá arriba hay pueblos de nombres sonoros (Villanueva del Duque, Villanueva de Córdoba, Granjahermosa, Fuenteobejuna con be) y otros que tienen un retintín menos acariciante y hasta fosco (Pueblo Nuevo del Terrible), pero es que hay gente pa tó y esto de bautizar pueblos tiene sus gajes, como todos los bateos, y uno junta letras y luego le salen melindres o ajos, que los padrinos se parecen mucho a los que tuvo aquella moza, jocunda y refitolera, a la que no supieron ponerle nombre. Eso, pero ¿no le parece que el padrino tiene bastante con tender los brazos y que el agua y la

sal son de difícil casorio? Pues, sí, también es verdad, por eso pasan las cosas que si no, ni modo. (Este hombre parecía un libro: decía sentencias tan sutiles que el rabí palentino las hubiera envidiado, y eso que no estaban en verso, ni dejaban agua de rosas en ningún vaso.)

El pueblo tenía una plaza grande, con dos fustes rematadas por bolas. Eran años más o menos escurialenses, aunque la gente—según parece—empezaba a no creer en las reservas morales de Occidente. Al fondo una iglesia con arco de piedras abigarradas; el ayuntamiento estaba allí cerca, y, lo de siempre, oiga, ¿podría hablar con el alcalde? Claro, pera ya no es hora y como llueve... ¿Y su casa? Sí, aún no es tarde. Claro, claro, como llueve y no es tarde... ¿Puede acompañarme? En una calle cercana estaba el casino. Era una casa como todas las de por allí: blanca, pulcra, grande. De casino no tenía mucho: habitaciones destartaladas, de vez en cuando una mesa con sillas o posetes y poco más. Cruzamos un cuarto, luego otro, luego otro, y al fondo—con chimenea y todo—lo que debía ser cocina. Los leños se acurrucaban en los morillos y piadosamente nos daban una llama limpia que se estiraba al saberse sin frío.

¿Cómo está usted? ¿Es el señor alcalde? Presentaciones, pretextos y causas. Lo de siempre. ¿Entonces, usté conocerá al doctor Castilla del Pino? (Repeluznos como carámbanos empezaron a sacudir al visitante: su amigo dirigía el manicomio.) La voz del jerarca retumbó: ¡todos fuera, que tengo que hablar con el caballero! (Cuando el caballero se encontró cara a cara con el munícipe se acordó de que el perro ladrador, etc., pero, ¿y si el perro no lo sabía?) Verá, es que el doctor Castilla me está tratando, ya le diré, ya. Ahora tengo que ponerle en antecedentes: en cuanto veo un reloj, zas, zas, a pedrada limpia. Y, claro, fíjese usté, el otro día me llamó el gobernador (sabe, consignas de acción conjunta) y fui a Córdoba. ¡Eso sí que es ciudad! Tantos escaparates de cristal, tanto lujo, tanto señorío, porque usté ya lo habrá oído: caballeros de Jerez, señores de Córdoba... Sí, sí, no hace falta el resto de la retahíla, aquí tenemos parada y fonda. Y usté que lo crea, y usté que lo crea. Y, de pronto, un montón de adoquines de las obras, y una relojería—¡Dios la que armé!—, había tantos relojes que me faltaron adoquines. Pero como soy autoridá, pues ya usté sabe; saqué la citación del gobierno y el guardia, que venía con las del beri, se cuadró y dijo: a sus órdenes, señor alcalde. Y yo, ponte cómodo, muchacho; ponte cómodo. Porque hay que ser fino con los subalternos bien educados. ¿Y qué le dijo el médico? No, hombre, no, si al médico voy por otra cosa. ¡Ah!, ¿sí? Verá, con usté tengo confianza y usté es un caballero (para servirle, para servirle). Es que tengo un hijo y le doy

cada tunda que lo muelo. Pero, hombre, los críos no se dan cuenta y hacen cosas indebidas, por eso los padres debemos corregirlos, pero sin ira; al fin y al cabo son carne de nuestra carne y eso que dicen en el púlpito. Pues nada, que lo tundo. Prevenir antes de corregir, ¿verdad? Eso es lo que yo digo, porque ¿y después? Claro, claro, ahí está el problema, ¿y después? Graves cosas hará, ¿no? La peor de todas: mama de mi mujer, y eso que no tiene más que seis meses, que cuando tenga veinte años... El forastero tiritaba, tenía sofocos, sudaba y le caían gotitas de escarcha. (La mujer era joven, parecía hembra de mucha guerra; el crío, rubiales y risueño. Bebíamos vino de la cosecha y la buena moza traía pastas. El forastero tenía algo raro en el garguero: parecía cemento amasado con mosto. Pero, vaya usted a saber, los productos cambian tanto de pueblo en pueblo que parecen, mismamente, palabras de diccionario. Y usted que lo diga.) Bueno, señor alcalde, me voy muy contento; he aprendido mucho aquí porque—como usted dice—el viajar enseña mucho. Y la vida paradisíaca de las aldeas es como es, y no hay que pedirle otra cosa. ¡Qué razón tan verdadera, señor, qué razón!

El otro pueblo seguía a remojo. Aquí el director de la escuela era afable y parecía muy bondadoso. Sabía bien la historira local y llevó al forastero por buenos pasos. Porque, verdad, usted, que las cosas no pintan siempre cabreadas. ¿Qué va, hombre, qué va? Aquí todo fue bien hasta la tarde. Al dar de mano (no, aquí no pegamos a los zagales, es un decir. Sí, claro, ya decía yo), al dar de mano vino otro colega: llevaba un abrigo descarnado por las hombreras, alguna hilaza era gualdrapa sobre la tela gastada y una cuerda guindaba, desdeñosamente, a los lados del cuello, tras remansarse en el morillo. Ya sabrá perdonarme, pero como es sabido los maestros de escuela tenemos amables compañeros en las hambres endémicas. Comemos diez días y veinte, silbamos. Oiga, y ¿tan mal siguen las cosas? Pues verá, en España la cultura no se aprecia—y usted que lo diga—y basta que un servidor fuera alumno de don Américo Castro para que se ensañen los que no saben de hombres egregios—pues, sí, no le falta razón—, y claro, yo me casé con moza joven y ya no ando para muchos trotes, porque el intelecto desgasta mucho—sí, claro, sí—y la dejé allá en la aldea, en Galicia; me vine bien lejos para defender mi integridad y salvar el don preclaro de la inteligencia—más síes; la verdad por delante—, pero lo que gané en velas se me fue en cirios. Y aquí me tiene. Tras la cortés bienvenida al colega universitario me despido para ir al trabajo, porque tengo pluriempleo y descargo vagones en el tren. Muy señor mío, y

que la patria premie su dedicación y laboriosidad. Y usted que lo vea. Y a sus pies, señor profesor, a sus pies.

Oiga, don Antonio, pero ¿así está el gremio? Pues no, porque éste es de lo mejorcito que he tenido. ¡Ah!, también tiene usted suerte, que si no... Con el discípulo de don Américo vino otro colega. Hermano de un jerifalte. Me pidieron el desván de la escuela para dormir porque tenían que ahorrar para la familia (sí, sí, claro), y un día me quemaron los colchones porque asaban las sardinas con el somier por parrilla. (Ya es imaginación, ¿no le parece, don Antonio? La imaginación la descubrí luego. Pues usted dirá, si no atenta al sigilo profesional.) Un día, el otro colega apareció muerto. Busqué al juez y allí fue Troya (pero Troya, Troya. Sí, Troya, Troya; ya sabe son idiotismos que se fosilizan y ahí están. Como lo de los paquidermos y proboscídeos, que siguen en el diccionario y ni Linneo aclara ya las cosas. No le falta razón, que no le falta). Bueno, me vuelvo a Troya: dormían sin colchón y sin manta, se encamaban sobre papel, como los plátanos de Canarias, y así les iba. Además, estaban envueltos en periódicos y una guita les rodeaba todo el cuerpo para que no se les cayera la cultura impresa. Pero... sí, claro: uno le ponía al otro el zumbel como si fuera el trompo y al revés, o al respective o la recíproca, como los verbos. Sí, claro. Y lo malo es ahora, ahora, porque ¿quién le pondrá el rehilé a este desgraciado para que haga de perinola?

El forastero estaba peor que cuando chico. Al jugar a los patacones de barro, un poco de salivilla—suavica, suavica—dejaba liso el fondo del hoyo. Se invertía, se tiraba contra el suelo y—zas—la pasta amasada quedaba cierta, mientras el culo saltaba en mil rebabas desmigajadas. Pero si al zas el barro caía—paf—como la torta vacuna, los otros críos se le burlaban: al primer tapón, zurrapa; al primer tapón, zurrapa. Sí, por lo que usted cuenta el juego tiene su conque y no debe ser fácil el chatobrián de la barrera que si hecho por fuera y blando por dentro. Claro, claro, es de mucho conque. Pues he vuelto a ser crío y recrío: al primer tapón, zurrapa; y al segundo. Ahora me voy a otro pueblo porque estos Pedroches me salen más difíciles que una estocada a Cagancho. Hombre, no todo está mal, porque a lo mejor hasta escribe un cuento y eso sí que tiene mérito. Y usted que lo diga, pero tengo unos marrajos que si no se acierta la primera en los rubios convertimos la encuesta en un alfiletero.

Estábamos ya en la novena de navidad. El pueblo, sin luz, sin fonda y sin cena. A tientas llegamos a casa del secretario. Era un mozo muy dado a sus alcurnias. Hizo caridad con el forastero y como la tal empieza por uno mismo, a cambio de la cena y de buscarle informante

le largó un legajo en francés para que siguiera practicando la didascalia ésa. Mire, como madrugo, se lo acabaré mañana. Seguía lloviendo, y el forastero se parecía al alcalde de Alagón; no dejaba en paz ni a los charcos; el forastero se torcía el tobillo en cada guijarro hundido; el forastero entró al palpo. Sin luz y sin cerillas. Tentó la cama. Sí, los pies, esto deben ser las bolas doradas y esto el redondel del centro; ahora, ya no hay cama. Acariciaba un palo áspero; otros tres bajaban; el asiento de abozo. Ya está. Colocó cuidadosamente la chaqueta, se descalzó, volvió a la cama—húmeda, desabrigada—y se metió con ropa y todo. No había forma de orientarse. Tendido, se agarró a los banzos; si soltaba una mano el cuerpo se escoraba hacia el suelo; si la otra, el equilibrio era—¿se dice así?—inestable. Cerró los ojos y apretó los puños. La noche era toledana. De otro cuarto se oía ayyy, ayyy, y sonaban ruidos sin armonía ni diapasón. Ayyy. Y esto le pasa a uno por meterse en camisa de once varas, si estos pueblos ya no son Andalucía, si la Orden de Calatrava, si el desierto del Ovejo... Todo se ponía de color tétrico. Ayyy. Y en el cuarto no entraba ni una rachita de luz. Debieron pasar horas. Pam pam rataplam plam pam. El lúgubre toque de las cajas sonaba cada vez más cerca; el redoble de los tambores tenía agresión de mesnada enemiga. Sí, en Zalacas atacaron con atabales y en Niebla se usó la pólvora. El forastero pensó que cuando la noche es toledana todo esto, en Venezuela lo dicen, son mamaderas de pavo. Sones y redobles se iban alejando y al fin se perdían. Nuestro hombre se agarró al banzo de la derecha y se palpó: sí, aquí está el botón alto del calzoncillo; sí, esto son los calcetines con el tomate de la punta; sí, aquí, en el bolsillo de la camisa, tengo el lápiz rojo de las señales. Dio un hondo suspiro. Aún vivía y aún recordaba lo inmediato. La santa compaña—pam pam, rataplán—se acercaba. ¡Dios, si yo estudié en Salamanca! Cada vez más cercano y agresivo el rataplán. Y ahora se amortecía poco a poco. Apenas si se oía—plaaammm—. La noche no estaba para bromas. En el tratado de etiqueta y urbanidad de la escuela (sabe, era de ayuntamiento, y a lo mejor por eso nos dieron modales de buena crianza), sí, en el tratado decía que a las visitas hay que recibirlas con decoro en el vestir y afabilidad en el trato. El botón seguía, seguía el roto en el calcetín, el lápiz seguía. Pero ¿y las figuraciones? ¿Y los fantasmas noctámbulos ¿Y las cabras del aquelarre? Mira, mira, vístete, y si vienen por ti las tibias aflautadas, tú, decentito y cariñoso. A lo mejor así se arrepienten. Soltó una mano y se dejó caer; con la otra, tastó. Aquí están. Metido en la cama se puso los zapatos. Anudó los cordones. A lavarse. En la cocina, el rescoldo estaba recién avivado. Se anunciaba una llamarada y del techo colgaba un gancho; de él, una

capaza con la Virgen del Pilar y una leyenda muy propia: recuerdo de Sallent de Gállego. Si aquel pobre hombre hubiera sido un Abderramán cualquiera, le hubiera dedicado un bellísimo poema. Pensó que mejor era no competir. Todos los vates del Universo mundo han dicho esas cosas tan nuevas del abanico de sus hojas, de la firmeza de su pirgano, de la esbeltez de su talle. Pero eso lo han dicho de la palabra. ¿Usted sabe si han cantado al capazo? ¡Si a lo menos hubiera sido un espinazo del arenque!

Entre meditaciones ascéticas (sólo un vaso para toda la zafa), emocionantes añoranzas, y astucia para administrar el agua, pasó un buen rato. Los ayyyes seguían con acompañamientos de popa. La pared tenía reborujones de cal. Sí, blanca del albeo; los guijarros del paso lastimaban, pero les habrán dado aljofifa y por la mañana brillarán; la cortina del cuarto se mecía suavemente. Un temblor—rataplán—sacudió al hombre aquel que quería esperar con decoro en el vestir y afabilidad en el trato. El cobarde livor del amanecer se anunciaba. Ojos ciegos tendían las manos adelantadas. Palpaban, palpaban. Una sombra inane—*Eneida,* VI—se escapaba de los dedos de Palinuro. ¿Y la ventana? ¿Toda la noche sin ventana? Buscó la silla y se metió en la chaqueta: un frío doloroso le abrazaba el cuerpo; sentía humedad de caverna y visco de anguilas en su cintura, en su torso, en sus brazos. La repugnancia que sufrió Laocoonte debía ser aquello. Se quitó la chaqueta, la tiró y frenéticamente se palpaba: las manos estaban mojadas, la camisa mojada, los pantalones mojados. La desolación empezó a vestirse de día. Y dejé el otro saco en Villanueva... La claridad amagaba ver: la habitación daba sobre la calle, no había ventana y el agua implacable—tac, tac, tac—había entrado durante toda la noche. ¿Y el suelo? A gatas lo fue palpando: sólo tenía yeso, la silla era baja, la americana de lana... Los faldones y las mangas habían chupado durante horas y horas y la mojadina subía, subía, había estado subiendo, desde el suelo. Oiga, ¿y los tambores? Sabe, es que estamos en la novena de la Navidá y la cofradía de las ánimas sale para llamar a la misa de penitencia. ¿Verdad que es una costumbre muy piadosa? Y usted que lo vea, porque—ya sabe—seguimos siendo la reserva espiritual de Occidente. Qué verdad es ésa, qué verdad es ésa.

El tren llegó a su hora—o sea que se sea con tres de retraso—; venía—es un decir—de Azuaga, y se decía—es otro decir—que iba a Córdoba. En la estación, todas las fuerzas vivas despedían con afabilidad al forastero. Era ya un anuncio la Navidad y, aunque no se había inventado lo de felices fiestas ni lo de merry christmas, estaban alegres todas las gentes cristianas. (Oiga, eso suena, ¿verdad?) El forastero, lo que son las cosas, también se iba contento: Córdoba estaba a unas

pocas horas y allí le esperaba su mujer—siempre sonrisa abierta—para comprar los juguetes a los críos. Pero el retraso, el día corto y las prisas largas, hicieron que la noche llegara pronto. El diluvio no tenía reposo y el tren renqueaba. Al fin, se añusgó y no quiso andar más. Gentes deportistas, y con su mijita de cachondeo, se acercaban a la vía bogando botes con su remo y todo. A ustedes les gustaría, mucho, ¿verdad?; parecería la barcarola de *Marina*. ¡Qué razón tiene, qué razón! Doce horas después llegábamos a Córdoba, ¿también suena, verdad?, lejana y sola. Que el disco, que las agujas, que el jefe de estación. Se organizó un safari semiacuático. La estación estaba a oscuras; las puertas, cerradas, y el amo se había llevado las llaves. Claro, sabe usted, es que no nos iba a esperar toda la noche; hay que comprenderlo, porque también los renferos tienen corazoncito, y eso, y la mujer, y los hijos, y el hogar, el dulce hogar (¿cómo suena, eh?). El Néstor fértil en recursos, que nunca falta, improvisó escalas. Cuiden, no se claven en el sieso las lanzas de la reja; los gordos, los últimos, que pueden escoñar las traviesas; primero las mujeres y los niños. Que si mangas remangadas, que si bragas de rosa—sólo usaban pantalones los hombres—, que ligas apretadas—más arriba o más abajo—a las carnes, blancas, y sonrosadas por el cerco. Al otro lado de la tapia, la libertad. Un cine tardano tenía encendido el letrero: *Desirée*. No había ni esas diablas tan bonitas y decorativas para los turistas. El hotel Granada, sabe por lo del paisanaje, estaba a un salto de liebre. El forastero—madrugada alta—debía parecer un cristo. Que no, mire, que no. Que aquí sólo hay señoras decentes; que eso está más cerca del río; que lo que usted me pide es una grosería. Diluviaba, decoro en el vestir y afabilidad en el trato. Pero estas barbas, y esta mojadina, y esta soñera irritando los ojos. No, claro; si es verdad; si usted cumple con su deber; si aquí sólo hay señoras decentes—hasta ahí podíamos llegar—; busque usted en los viajeros que han llegado hoy y verá que mi mujer ha tomado una habitación para dos personas. Aquel mozo de hotel era más duro de pelar que el Kaiser. Al fin, pulsó la manivela: riiin. Perdone, señora, aquí hay un hombre mal encarado que dice ser su marido.

El invierno de 1955 tuvo cara de perro para la dialectología; en Los Pedroches sobró el agua. Y es que—¿verdad que usted también lo sufre?—nunca llueve a gusto de todos.

Madrid-Nueva York. En el avión, 13-III-80.

MANUEL ALVAR

Instituto Iberoamericano de Cooperación
MADRID